

Diversidad, cambios y propuestas de las mujeres rurales en el marco de la globalización

Francisca Rodríguez

Durante mucho tiempo, cuando se hablaba de Chile se hablaba de las atrocidades de la dictadura. Nosotros, chilenos y chilenas, también nos concentramos en la lucha contra la dictadura, en terminar con el sufrimiento del pueblo. Y en ese proceso, no nos dimos cuenta del alcance del modelo económico que se estaba aplicando en Chile.

No nos dimos cuenta que se estaba gestando un cambio económico tan grande. Cuando levantamos la vista, ahí estábamos, como el país ejemplo en el mundo, como el país que había logrado recuperar la democracia, entre comillas. Pero ese no era el camino que el pueblo se había trazado, no era lo que nosotros queríamos.

De la noche a la mañana, cuando se habla de Chile se habla del milagro económico del continente. Se habla del ejemplo que se está mostrando para los otros países, se habla de políticas fuertes, de una economía consolidada. Pero tenemos que aprender a mirar la verdad, y saber qué es lo que está pasando en Chile, un país que hoy día supone que no le va a ocurrir lo que a Argentina. Hoy en Chile ya nadie habla de las horas de trabajo, ya no se pelea por un salario mínimo, sin embargo, vivimos en medio de condiciones de trabajo tremendamente agresivas, tremendamente esclavistas.

Tampoco se habla del papel que las mujeres han jugado en el resurgimiento del país. Hemos sido un factor determinante, aunque en la época de la dictadura nadie se dio cuenta, ni siquiera el movimiento sindical, de lo que significaba el hecho de que las mujeres bruscamente hubiéramos entrado al mundo del trabajo, sobre todo las mujeres campesinas. Pocos pensaron en lo que significaba que las empresas nos contraten, porque buscaban mano de obra temporal y barata, y nosotros la ofrecíamos. No había, ni hay todavía, una clara conciencia del valor del trabajo.

Hoy vivimos en Chile la informalidad del empleo y esta informalidad alcanza a familias de asalariados, a los sectores públicos e incluso a los y las profesionales. Esta informalidad se manifiesta en diversas estrategias que se utilizan para bajar los salarios, en las lar-gas jornadas que deben emprender trabajadores y trabajadoras para obtener un salario que alcance a cubrir sus necesidades. Y todo esto está ocasionando consecuencias negativas, como el hecho de que muchas personas hayan tenido que recurrir a los fármacos y que se hable incluso de un importante aumento de la drogadicción en todos los sectores de la población. Ingerir fármacos para responder a las duras condiciones de trabajo.

En el caso de las mujeres, existe un subregistro de las trabajadoras asalariadas, y por eso mismo no se está hablando de las condiciones de trabajo que tenemos las mujeres y sobre todo las trabajadoras del campo. Frente a esta realidad, es indispensable crear alianzas entre las mujeres, entre mujeres rurales y mujeres de la ciudad.

Uno de los temas centrales de esta alianza y de nuestro trabajo en general ha sido la soberanía alimentaria, es decir, el derecho de los pueblos a poder mantener su alimentación, a decidir frente a lo que se produce, frente al atentado que hoy día enfrentamos con las transnacionales. Queremos promover procesos de reflexión sobre lo que ha significado el exterminio de nuestras semillas, que hoy dependen de procedimientos difíciles y cada vez más caros. Queremos reflexionar sobre los procesos de expulsión de la tierra de campesinos y campesinas y la reducción de las unidades productivas, porque una agricultura intensiva hoy en día requiere menos tierra, mayor rendimiento y, por ende, un uso más elevado de agroquímicos.

En este contexto, hemos pensado que es necesario lanzar nuestra campaña mundial de defensa de las semillas, porque creemos que en este espacio podemos emprender un proceso interesante entre las mujeres.

Y hablo de un trabajo entre mujeres por dos razones. Primero, porque somos las mujeres, y sobre todo las campesinas, las que estamos produciendo la mayor parte de los alimentos en el mundo; en algunos países, las mujeres representan el 80% en la producción de alimentos. En segundo lugar, porque aún con las largas horas de trabajo que tenemos, las mujeres seguimos siendo las garantes de la alimentación de nuestras familias y de nuestras comunidades.

La alimentación es un tema básico que no podemos olvidar. Hay que pensar que hoy en día se nos está privando del derecho más sagrado que tenemos, un derecho vital y humano que es alimentar y alimentarse como corresponde. Este país, este mundo tiene las riquezas suficientes para proveer de alimento para todos/as, sin embargo, el número de hambrientos aumenta cada día.

Entonces, las llamamos a compartir con nosotras esta campaña, a generar una agricultura urbana, donde las mujeres campesinas seamos las proveedoras de las semillas que juntas vamos a rescatar.

Rescatemos esas semillas y creemos nuestros bancos de semillas para defender la vida de nuestros hijos e hijas, brindándoles buena alimentación y evitando la comida que las transnacionales nos ofrecen.

Esto debe ser parte de la campaña, una campaña por la alimentación y en contra del envenenamiento.